

divina y un consuelo celeste. Lo harán en memoria de él, realizando el mismo acto, repitiendo las mismas palabras, imitando los mismos gestos. Aquello era «romper el pan». Así lo llaman con una palabra sencilla y casera, que huele a intimidad y que, además, parecía destinada a no despertar sospechas, a velar el misterio a los ojos de los profanos. ¿Qué cosa más natural que un grupo de amigos se reúna en ciertos días para romper el pan? Y, en cambio, nadie les habría comprendido y tal vez hubieran hecho reír a las gentes si hubieran dicho que se reunían para comer al Rabbí, que había sido crucificado. Es una expresión nueva, enteramente cristiana, ajena a la literatura clásica lo mismo que a los libros judaicos, que venía a significar una realidad nueva, el pan sagrado de la comunidad de los que creían en Cristo.

La Iglesia va a crecer en virtud de aquel pan que se rompe; en torno a aquel pan viven todos; de él sacan su fuerza; y, no obstante, apenas hablan de él. Al recordar las palabras de Jesús: «Haced esto en memoria mía», no podemos menos de preguntarnos cómo las comprendieron los Apóstoles y cómo las practicaron después; y son muy escasos los testimonios que vienen a saciar nuestra curiosidad. Se ha insistido sobre el hecho de que tanto San Pablo como su discípulo San Lucas afirman que la consagración del cáliz se realizó después de la Cena, y, en cambio, ni San Marcos, ni San Mateo aluden a esta particularidad, concluyendo de esto que los dos Evangelistas se hacen eco de la práctica seguida en los círculos para los cuales ellos escribían, según la cual las dos consagraciones debían ir íntimamente unidas, mientras que en las iglesias fundadas por San Pablo se había mantenido una separación, que dio lugar a la práctica del ágape, según le vemos establecido entre los corintios.

Pero, aparte de estas consideraciones sutiles y un tanto aventuradas, hay en los libros del Nuevo Testamento varias alusiones que conviene recoger y comentar aquí, porque vienen a dar-

nos una idea sobre el sacrificio cristiano en aquellos días del nacimiento de la Iglesia. Son tres pasajes de los Actos de los Apóstoles y uno de las Epístolas paulinas. San Lucas habla en la forma velada, que debía recomendarse entonces a todos los fieles; San Pablo, siempre audaz, se decide a descorrer el velo, para dejar a los siglos venideros un claro testimonio de la fe de los primeros cristianos, explicando al mismo tiempo toda la doctrina que se encerraba en aquellas palabras: «fracción del pan», que tal vez ya entonces podría interpretar alguien torcidamente. Por uno y otro sabemos que los primeros cristianos oían la Misa, que entonces se llamaba la fracción del pan. De los convertidos del día de Pentecostés dice San Lucas (II, 46) que, iluminados por una santa alegría, «permanecían diariamente juntos en el templo, y rompiendo el pan por las casas, tomaban el alimento con júbilo y simplicidad de corazón». Al lado de la liturgia mosaica, que los discípulos de Jesús seguían respetando y practicando, se había introducido el nuevo rito, que celebraban en las casas de los creyentes, divididos en pequeños grupos. «Perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan y en la oración» (Ibid., II, 42). Esta oración es sin duda la que acompañaba a la celebración del nuevo rito.

Rompían el pan, es decir, realizaban lo que Cristo había realizado en la última Cena y lo que les había ordenado que hiciesen. La última Cena del Señor era el modelo obligado de aquel rito; que debía reproducir hasta en los menores detalles lo que el Maestro había dicho y hecho, empezando por la oración eucarística, continuando con la fórmula de la consagración y terminando con la fracción del pan y la comunión. La fracción del pan, que daba nombre al acto, no era más que una de las cuatro partes principales de él, uno de los elementos imprescindibles. El rito resultaba rápido y muy breve. Se pronunciaba con la mayor fidelidad posible la fórmula de acción de gracias con que había ora-